

El señor Spallner se llevó las manos al rostro.

Hubo una impresión de movimiento en el aire, un grito delicadamente torturado, el impacto y el vuelco del automóvil, contra una pared, a través de una pared, hacia arriba y hacia abajo como un juguete, y el señor Spallner fue arrojado afuera. Luego... silencio.

La multitud llegó corriendo. Débilmente, tendido en la calle, el señor Spallner los oyó correr. Hubiera podido decir que edad tenían y de que tamaño eran todos ellos, oyendo aquellos pies numerosos que pisaban la hierba de verano y luego las aceras cuadriculadas y el pavimento de la calle, trastabillando entre los ladrillos desparramados donde el auto colgaba a medias apuntando al cielo de la noche, con las ruedas hacia arriba girando aún en un insensato movimiento centrífugo.

No sabía en cambio de dónde salía aquella multitud. Miró y las caras de la multitud se agruparon sobre él, colgando allá arriba como las hojas anchas y brillantes de unos árboles inclinados. Era un anillo apretado, móvil, cambiante de rostros que miraban hacia abajo, leyéndole en la cara el tiempo de vida o muerte, transformándole la cara en un reloj de luna, donde la luz de la luna arrojaba la sombra de la nariz sobre la mejilla, señalando el tiempo de respirar o de no respirar ya nunca más.

Qué rápidamente se reúne una multitud, como un iris que se cierra de pronto en el ojo, pensó Spallner.

Una sirena. La voz de un policía. Un movimiento. De la boca del señor Spallner cayeron unas gotas de sangre; lo metieron en una ambulancia. Alguien dijo:

—¿Esta muerto?

Y algún otro respondió:

—No, no está muerto.

Y el señor Spallner vio más allá en la noche, los rostros de la multitud y supo mirando esos rostros que no iba a morir. Y esto era raro. Vio la cara de un hombre, delgada, brillante, pálida; el hombre tragó saliva y se mordió los labios. Había una mujer menuda también, de cabello rojo y de mejillas y labios muy pintarrajeados. Y un niño de cara pecosa. Caras de otros. Un anciano de boca arrugada; una vieja con una verruga en el mentón. Todos habían venido... ¿de dónde? Casas, coches, callejones, del

mundo inmediato sacudido por el accidente. De las calles laterales y los hoteles y de los autos, y aparentemente de la nada.

La gente miró al señor Spallner y él miró y no le gustaron. Había algo allí que no estaba bien, de ningún modo. No alcanzaba a entenderlo. Esa gente era mucho peor que el accidente mecánico.

Las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe. El señor Spallner podía ver los rostros de la gente, que espiaba y espiaba por las ventanillas. Esa multitud que llegaba siempre tan pronto, con una rapidez inexplicable, a formar un círculo, a fisgonear, a sondear, a clavar estúpidamente los ojos, a preguntar, a señalar, a perturbar, a estropear la intimidad de un hombre en agonía con una curiosidad desenfadada.

La ambulancia partió. El señor Spallner se dejó caer en la camilla y las caras le miraban todavía la cara, aunque tuviera cerrados los ojos.

Las ruedas del coche le giraron en la mente días y días. Una rueda, cuatro ruedas, que giraban y giraban chirriando, dando vueltas y vueltas. El señor Spallner sabía que algo no estaba bien. Algo acerca de las ruedas y el accidente mismo y el ruido de los pies y la curiosidad. Los rostros de la multitud se confundían y giraban en la rotación alocada de las ruedas.

Se despertó.

La luz del sol, un cuarto de hospital, una mano que le tomaba el pulso.

—¿Cómo se siente? —le preguntó el médico.

Las ruedas se desvanecieron. El señor Spallner miró alrededor.

—Bien, creo.

Trató de encontrar las palabras adecuadas. Acerca del accidente.

—¿Doctor?

—¿Si?

—Esa multitud... ¿Ocurrió anoche?

—Hace dos noches. Está usted aquí desde el jueves. Todo marcha bien, sin embargo. Ha reaccionado usted. No trate de levantarse.

—Esa multitud. Algo pasó también con las ruedas. Los accidentes. . . bueno, ¿traen

desvaríos?

—A veces.

El señor Spallner se quedó mirando al doctor.

—¿Le alteran a uno el sentido del tiempo?

—Sí, el pánico trae a veces esos efectos.

—¿Hace que un minuto parezca una hora, o que quizá una hora parezca un minuto?

—Sí.

—Permítame explicarle entonces. —el señor Spallner sintió la cama debajo del cuerpo, la luz del sol en la cara—. Pensará usted que estoy loco. Yo iba demasiado rápido, lo sé. Lo lamento ahora. Salté a la acera y choqué contra la pared. Me hice daño y estaba aturdido, lo sé, pero todavía recuerdo. La multitud sobre todo —esperó un momento y luego decidió seguir, pues entendió de pronto por qué se sentía preocupado—. La multitud llegó demasiado rápido. Treinta segundos después del choque estaban todos junto a mí, mirándome. No es posible que lleguen tan pronto, y a esas horas de la noche.

—Le pareció a usted que eran treinta segundos —dijo el doctor—. Quizá pasaron tres o cuatro minutos. Los sentidos...

—Sí, ya sé, mis sentidos, el choque. ¡Pero yo estaba consciente! Recuerdo algo que lo aclara todo y lo hace divertido. Dios, condenadamente divertido. Las ruedas del coche allá arriba. ¡Cuando llegó la multitud las ruedas todavía giraban!

El médico sonrió.

El hombre de la cama prosiguió:

—¡Estoy seguro! Las ruedas giraban giraban rápidamente. Las ruedas delanteras. Las ruedas no giran mucho tiempo, la fricción las para. ¡Y éstas giraban de veras!

—Está confundido. Efectos del shock —dijo el médico alejándose hacia la luz del sol.

El señor Spallner salió del hospital dos semanas más tarde. Volvió a su casa en un taxi. Habían venido a visitarlo en esas dos semanas que había pasado en cama, boca arriba, y les había contado a todos la historia del accidente y de las ruedas que giraban y la multitud. Todos se habían reído, olvidando en seguida el asunto.

Se inclinó hacia adelante y golpeó la ventanilla.

—¿Qué pasa?

El conductor volvió la cabeza.

—Lo siento, jefe. Es una ciudad del demonio para el tránsito. Hubo un accidente ahí enfrente. ¿Quiere que demos un rodeo?

—Sí. No. ¡No! Espere. Siga. Echemos una mirada.

El taxi siguió su marcha, tocando la bocina.

—Maldita cosa —dijo el conductor—. ¡Eh, usted! ¡Sálgase del camino! —y luego egregó, más calmado— Qué raro, más de esa condenada gente. Gente alborotadora.

El señor Spallner bajó los ojos y se miró los dedos que le temblaban en la rodilla.

—¿Usted también lo notó?

—Claro —dijo el conductor—. Todas las veces. Siempre hay una multitud. Como si el muerto fuera la propia madre.

—Llegan al sitio con una rapidez espantosa —dijo el hombre del asiento de atrás.

—Lo mismo pasa con los incendios o las explosiones. No hay nadie cerca. Bum, y un montón de gente alrededor. No entiendo.

—¿Vio alguna vez algún accidente de noche?

El conductor asintió.

—Claro. No hay diferencia. Siempre se junta una multitud.

Llegaron al sitio. Un cadáver yacía en la calle. Era evidentemente un cadáver, aunque no se lo viera. Ahí estaba la multitud. Las gentes que le daban la espalda, mientras él miraba el taxi. Le daban la espalda. El señor Spallner abrió la ventanilla y casi se puso a gritar. Pero no se animó. Si gritaba podían darse vuelta. Y el señor Spallner tenía miedo de verles las caras.

—Parece como si yo tuviera un imán para los accidentes —dijo luego, en la oficina.

Caía la tarde. El amigo del señor Spallner estaba sentado del otro lado del escritorio, escuchando.

—Salí del hospital esta mañana y casi en seguida tuvimos que dar un rodeo a causa de un choque.

—Las cosas ocurren en ciclos —dijo Morgan.

—Deja que te cuente lo de mi accidente.

—Ya lo oí. Lo oí todo.

—Pero fue raro, tienes que admitirlo.

—Lo admito. Bueno, ¿tomamos una copa?

Siguieron hablando durante una media hora o más. Mientras hablaban, todo el tiempo, un reloj seguía marchando en la nuca de Spallner, un reloj que nunca necesitaba cuerda. El recuerdo de unas pocas cosas. Ruedas y caras.

Alrededor de las cinco y media hubo un duro ruido de metal en la calle. Morgan asintió con un movimiento de cabeza, se asomó a la ventana y miró hacia abajo.

—¿Qué te dije? Cielos. Un camión y un Cadillac color crema. Sí, sí.

Spallner fue hasta la ventana. Tenía mucho frío, y mientras estaba allí de pie se miró el reloj pulsera, la manecilla diminuta. Uno dos tres cuatro cinco segundos —gente que corría— ocho nueve diez once doce —gente que llegaba corriendo, de todas partes— quince dieciséis diecisiete dieciocho segundos —más gente, más coches, más bocinas ensordecedoras.

Curiosamente distante, Spallner observaba la escena como una explosión en retroceso: los fragmentos de la detonación eran succionados de vuelta al punto de partida. Diecinueve, veinte, veintiún segundos, y allí estaba la multitud. Spallner los señaló con un ademán, mudo.

La multitud se había reunido tan rápido.

Alcanzó a ver el cuerpo de una mujer antes que la multitud lo devorase.

—No tienes buena cara —dijo Morgan—. Toma. Termina tu copa.

—Estoy bien, estoy bien. Déjame solo. Estoy bien. ¿Puedes ver a esa gente? ¿Puedes ver la cara de alguno?

Me gustaría que los viéramos de más cerca.

—¿A dónde diablos vas? —gritó Morgan.

Spallner había salido de la oficina. Morgan corrió detrás, escaleras abajo, precipitadamente.

—Vamos, y rápido.

—Tranquilízate, ¡no estás bien todavía!

Salieron a la calle. Spallner se abrió paso entre la gente. Le pareció ver a una mujer pelirroja con las mejillas y los labios muy pintarrajeados.

—¡Ahí! —se volvió rápidamente hacia Morgan.— ¿La viste?

—¿A quién?

—Maldición, desapareció. Se perdió entre la gente.

La multitud ocupaba todo el sitio, respirando y mirando y arrastrando los pies y moviéndose y murmurando y cerrando el paso cuando el señor Spallner trataba de acercarse. Era evidente que la pelirroja lo había visto y había huido.

Vio de pronto otra cara familiar. Un niño pecoso. Pero hay tantos niños pecosos en el mundo. Y, de todos modos, no le sirvió de nada, pues antes que el señor Spallner llegara allí el niño pecoso corrió y desapareció entre la gente.

—¿Está muerta? —preguntó una voz—. ¿Está muerta?

—Está muriéndose —replicó alguien—. Morir antes que llegue la ambulancia. No tenían que haberla movido. No tenían que haberla movido.

Todas las caras de la multitud, conocidas y sin embargo desconocidas, se inclinaban mirando hacia abajo, hacia abajo.

—Eh, señor, no empuje.

—¿A dónde pretende ir, compañero?

Spallner retrocedió, y sintió que se caía. Morgan lo sostuvo.

—Tonto. Todavía estás enfermo. ¿Para qué diablos has tenido que venir aquí?

—No sé, realmente no lo sé. La movieron, Morgan, alguien movió a la mujer. Nunca

hay que mover a un accidentado en la calle. Los mata. Los mata.

—Sí. La gente es así. Idiotas.

Spallner ordenó los recortes de periódicos.

Morgan los miró.

—¿De qué se trata? Parece como si todos los accidentes de tránsito fueran ahora parte de tu vida. ¿Qué son estas cosas?

—Recortes de noticias de choques de autos. y fotos. Míralas. No, no los coches —dijo Spallner—. La gente que está alrededor de los coches. Mira. Compara esta foto de un accidente en el distrito de Wilshire con esta de Westwood. No hay ningún parecido. Pero toma ahora esta foto de Westwood y ponla junto a esta otra también del distrito de Westwood de hace diez años. —Mostró otra vez con el dedo.— Esta mujer está en las dos fotografías.

—Una coincidencia. Ocurrió que la mujer estaba allí en 1936 y luego en 1946.

—Coincidencia una vez, quizá. Pero doce veces en un período de diez años, en sitios separados por distancias de hasta cinco kilómetros, no. —El señor Spallner extendió sobre la mesa una docena de fotografías.— ¡Está en todas!

—Quizá es una perversa.

—Es más que eso. ¿Cómo consigue estar ahí tan pronto luego de cada accidente? ¿Y cómo está vestida siempre del mismo modo en fotografías tomadas en un período de diez años?

—Que me condenen si lo sé.

—Y por último, ¿por qué estaba junto a mí la noche del accidente, hace dos semanas?

Se sirvieron otra copa. Morgan fue hasta los archivos.

—¿Qué has hecho? ¿Comprar un servicio de recortes de periódicos mientras estabas en el hospital? —Spallner asintió. Morgan tomó un sorbo. Estaba haciéndose tarde. En la calle, bajo la oficina, se encendían las luces.— ¿A qué lleva todo esto?

—No lo sé —dijo Spallner—; excepto que hay una ley universal para los accidentes. Se juntan multitudes. Siempre se juntan. Y como tú y como yo, todos se han preguntado año tras año cómo se juntan tan rápidamente, y por qué. Conozco la respuesta. Aquí está.

Dejó caer los recortes.

—Esa gente, ¿no podrían ser buscadores de sensaciones escalofrantes, ávidos perversos a quienes complace la sangre y la enfermedad?

Spallner se encogió de hombros.

—¿Explica eso que se los encuentre en todos los accidentes? Notas que se limitan a ciertos territorios. Un accidente en Brentwood atraer a un grupo. Uno Huntington Park a otro. Pero hay una norma para las caras, un cierto porcentaje que aparece en todas las ocasiones.

—No son siempre las mismas caras, ¿no es cierto? —dijo Morgan.

—Claro que no. Los accidentes también atraen a gente normal, en el curso del tiempo. Pero he descubierto que estas son siempre las primeras.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? Haces insinuaciones, pero no lo dices todo. Señor, debes de tener alguna idea. Te has asustado a ti mismo y ahora me tienes a mí en ascuas.

—He tratado de acercarme a ellos, pero alguien me detiene y siempre llego demasiado tarde. Se meten entre la gente y desaparecen. Como si la multitud tratara de proteger a algunos de sus miembros. Me ven llegar.

—Como si fueran una especie de asociación.

—Algo tienen en común. Aparecen siempre juntos. En un incendio o en una explosión o en los avatares de una guerra, o en cualquier demostración pública de eso que llaman muerte. Buitres, hienas o santos. No sé que son, no lo sé de veras. Pero iré a la policía esta noche. Ya ha durado bastante. Uno de ellos movió el cuerpo de esa mujer esta tarde. No debían haberla tocado. Eso la mató.

Spallner guardó los recortes en una valija de mano. Morgan se incorporó y se deslizó dentro del abrigo. Spallner cerró la valija.

—O también podría ser... Esto se me acaba de ocurrir.

—¿Qué?

—Quizá querían que ella muriese.

—¿Y por qué?



—¿Quién sabe. ¿Me acompañas?

—Lo siento. Es tarde. Te veré mañana. Que tengas suerte. —Salieron juntos.— Dale mis saludos a la policía. ¿Piensas que te creerán?

—Oh, claro que me creerán. Buenas noches.

Spallner iba con el coche hacia el centro de la ciudad, lentamente.

—Quiero llegar —se dijo—, vivo.

Cuando el camión salió de una callejuela lateral directamente hacia él, sintió que se le encogía el corazón pero de algún modo no se sorprendió demasiado.

Se felicitaba a sí mismo (era realmente un buen observador) y preparaba las frases que les diría a los policías cuando el camión golpeó el coche. No era realmente su coche, y en el primer momento esto fue lo que más lo preocupó. Se sintió lanzado de aquí para allá mientras pensaba:

—Qué vergüenza, Morgan me ha prestado su otro coche unos días mientras me arreglan el mío y aquí estoy otra vez.

El parabrisas le martilló la cara. Cayó hacia atrás y hacia adelante en breves sacudidas. Luego cesó todo movimiento y todo ruido y sólo sintió el dolor.

Oyó los pies de la gente que corría y corría. Alargó la mano hacia el pestillo de la portezuela. La portezuela se abrió y Spallner cayó afuera, mareado, y se quedó allí tendido con la oreja en el asfalto, oyendo cómo llegaban. Eran como una vasta llovizna, de muchas gotas, pesadas y leves y medianas, que tocaban la tierra.

Esperó unos pocos segundos y oyó cómo se acercaban y llegaban. Luego, débilmente, expectante, ladeó la cabeza y miró hacia arriba.

Podía olerles los alientos, los olores mezclados de mucha gente que aspira y aspira el aire que otro hombre necesita para vivir. Se apretaban unos contra otros y aspiraban y aspiraban todo el aire de alrededor de la cara jadeante, hasta que Spallner trató de decirles que retrocedieran, que estaban haciéndolo vivir en un vacío. Le sangraba la cabeza. Trató de moverse y notó que a su espina dorsal le había pasado algo malo. No se había dado cuenta en el choque, pero se había lastimado la columna. No se atrevió a moverse.

No podía hablar. Abrió la boca y no salió nada, sólo un jadeo.

—Denme una mano —dijo alguien—. Lo daremos vuelta y lo pondremos en una posición más cómoda.

Spallner sintió que le estallaba el cerebro.

—¡No! ¡No me muevan!

—Lo moveremos —dijo la voz, como casualmente.

—¡Idiotas, me matarán, no lo hagan!

Pero Spallner no podía decir nada de esto en voz alta, sólo podía pensarlo.

Unas manos le tomaron el cuerpo. Empezaron a levantarlo. Spallner gritó y sintió que una náusea lo ahogaba. Lo enderezaron en un paroxismo de agonía.

Dos hombres. Uno de ellos era delgado, brillante, pálido, despierto, joven. El otro era muy viejo y tenía el labio superior arrugado.

Spallner había visto esas caras antes.

Una voz familiar dijo:

—¿Está muerto?

Otra voz, una voz memorable, respondió:

—No, no todavía, pero morirá antes que llegue la ambulancia.

Toda la escena era disparatada. Como cualquier otro accidente. Spallner chilló histéricamente ante el muro estólido de caras. Estaban todos alrededor, jueces y jurados con rostros que había visto ya una vez. En medio del dolor, contó las caras.

El niño pecoso. El viejo del labio arrugado. La mujer pelirroja, de mejillas pintarrajeadas. Una vieja con una verruga en la mejilla.

—Sé por qué están aquí —pensó Spallner—. Están aquí como están en todos los accidentes. Para asegurarse de que vivan los que tienen que vivir y de que mueran los que tienen que morir. Por eso me levantaron. Sabían que eso me mataría. Sabían que seguiría vivo si me dejaban solo.

»Y así ha sido siempre desde el principio de los tiempos, cuando las multitudes se juntaron por vez primera. De ese modo el asesinato es mucho más fácil. La coartada es muy simple; no sabían que es peligroso mover a un herido. No querían hacerle daño.

Los miró, allá arriba, y sintió la curiosidad que siente un hombre debajo del agua mientras mira a los que pasan por un puente.

—¿Quiénes son ustedes? —pensó— ¿De dónde vienen y cómo llegan aquí tan pronto? Son la multitud que se cruza siempre en el camino, gastando el buen aire tan necesario para los pulmones de un moribundo, ocupando el espacio que el hombre necesita para estar acostado, solo. Pisando a las gentes para que se mueran de veras, y no haya ninguna duda. Eso son ustedes, los conozco a todos.

Era un monólogo cortés. La multitud no dijo nada. Caras. El viejo. La mujer pelirroja.

—¿De quién es esto? —preguntaron:

Alguien levantó la valija de mano.

¡Es mía! ¡Ahí están mis pruebas contra ustedes!

Ojos, invertidos, encima. Ojos brillantes bajo cabellos cortos o bajo sombreros.

En algún sitio: una sirena, llegaba la ambulancia. Pero mirando las caras, las facciones, el color, la formas de las caras, Spallner supo que era demasiado tarde.

Lo leyó en aquellas caras. Ellos sabían. Trató de hablar. Le salieron unas sílabas:

—Un... unirne a... ustedes... Creo... ser, miembro de la... mult...

Cerró luego los ojos, y esperó al empleado de la policía que vendría verificar la muerte.